El Doctor Lacalle pronunció su apellido utilizando un tono de proclama.

En vez de contrariado, como la noche anterior al irme a la cama, había despertado animado. Aquella noche, última de tantas, se había ordenado la lista en mi cabeza. Y sí, el Doctor Lacalle, áspero para no agradar de primera, iba a ser el que me la pondría más difícil, el que tal vez lograra devaluar mis ímpetus. Por eso tenía que ser la primera llamada, siempre intento que las situaciones que me provocan estrés no se demoren en mi cuerpo.

Llovía fuerte en Montevideo. Desde la ventana de mi escritorio se veía el bananero achatado por la lluvia.

Pensé dejar el asunto para otro día, para cuando hubiera sol.

Pensé esperar a que parara de llover.

Pensé al menos dejar que corriera media hora a ver si aflojaba la intensidad de la lluvia, y también pensé no llamarlo nunca y abandonar todo.

Uno no sabe cuál es el momento en que no molesta, hasta que entiende que molesta siempre, y deja de preocuparse.

Así que, “ahora o nunca” me dije, y “nunca”, me condenaba a no intentar ser yo.

Marqué el número, y extendiéndome en inútiles formalidades para explicarle el motivo de mi llamada, me frenó con un genial ------¡Si no empieza no termina!

La flecha estaba en el aire, había entrado en su celular sin pedir permiso. Había atravesado el rebaño.

Le pedí una entrevista y me respondió que le mandara las preguntas a su mail.

Insistí. Me resultaba insuficiente enviar y recibir correos como quien compra zapatos en ebay. Necesitaba convencerlo de que aceptara participar del libro, necesitaba que las respuestas que me diera tuvieran substancia, y estaba convencido que para que esto sucediera teníamos que vernos las caras, teníamos que compartir un momento para que pudiera explicarle qué me motivaba a escribir un libro que requería de sus respuestas a un conjunto de preguntas no referentes a la política, porque salvo en cuatro casos puntuales, son todas preguntas sobre vivencias personales, sobre preferencias, sobre sentimientos. Preguntas que buscan la definición de ciertos conceptos. Preguntas para repensar qué es ser humano.

Quería explicarle personalmente que el formato tipo cuestionario (pregunta 1 y las subsiguientes respuestas respetando el orden alfabético de los apellidos, pregunta 2 y así sucesivamente) obedecía, en el entendido que uno es los instantes clave de su vida, a la intención de que el lector pudiera comparar fácilmente lo que hace que uno piense como piensa en contraposición de lo que piensan los otros (o en coincidencia si es el caso).

Fue inútil insistir:

“Mándeme las preguntas a mi mail. Tome nota”. Punto final, los signos de puntuación no se mencionan, pero en este caso corresponde.

Al día siguiente, el correo que recibí del Doctor Lacalle me daba la primera alegría de este libro.

“Acepto con gusto. ¿Hay fecha tope? Mi teléfono es …” y me dejaba un número de telefonía fija. “Para mantenernos en contacto” agregaba el mensaje.

Llegué al extremo de revisar mi mail cada hora en punto. El ringtone que en mi celular le adjudiqué a los teléfonos del Doctor Lacalle (“White Coats”) nunca sonó. Y los días pasaban.

Una tarde, mientras ordenaba papeles para contactar al Doctor Sanguinetti,